



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA	
Un mes.....\$ 1,,	Un año.....\$ 10,,
Seis meses....\$ 5-25	Núm. suelto.....,, 25

Habana 19 de Febrero de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.		Núm. 16
Tres meses.....\$ 3-75	Un año.....\$ 12-75	
Seis meses.....\$ 7,,	Núm. suelto.....,, 30	

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Morales Lémus y Enrique Piñeyro, por Juan Dandolo.—Boceto á la pluma del general Cialdini, por G. B.—Un baile de máscaras, por Alejandro Dumas.—Epístola de Nueva-York, por John Bull.—Bromitas, por Juan de las Viñas.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Un baile marítimo, por Juan Lanás.—Sartenazos.—Boletín bibliográfico.
Caricaturas, por don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

Hubo allá en Abisinia, en época no remota, un rey muy bárbaro, aunque me esté mal el decirlo, llamado Theodoros. Así, un nombre en plural, sin duda para aparentar más. ¡Sería bruto!

Los pueblos civilizados se llenaban la boca llamándole bárbaro, y no les faltaba razon. Era un lujo de barbaridad lo que resplandecía en el monarca abisinio.

Antes de ser rey, tuvo una suegra: sería bruto! Pero cuando llegó á subir al trono, lo primero que hizo fué decir que quería paz, sosiego y pocas disputas en su reino, y colgó de un árbol á su suegra, divirtiéndose después en hacerla servir de blanco á sus flechas.

¡Sería bruto!

Una vez fué á la guerra y le pegaron un balazo: ¡sería bruto! Volvió á su casa triste, mohino y con la bala dentro del cuerpo, sin haber quien se la sacara, ni querer ella buenamente salir, por más decretos que él expedía, mandándoselo; decretos que Theodoros se tragaba después de escritos, para que, como dicen los oficinistas, obrasen los efectos oportunos dentro del cuerpo, que era donde residía para quien se habian dictado.

¡Sería bruto!

Tenia nada ménos que un ejército de setecientos mil hombres. ¡Sería bruto!

Un ejército como el que en tiempo de paz, es decir, cuando no tiene nada que hacer, posee cualquier nacion de esas que se llaman de primer orden.

Era muy bruto el tal Theodoros!

Cayó en sus manos una moneda inglesa; y, qué dirian ustedes que hizo? En vez de gastársela alegremente con los amigos en una francachela, no hizo más que fijarse en el busto de la reina Victoria.

¡Sería bruto!

Un ministro de la república cubana, por ejemplo, hubiera corrido á comprar un cuartillo de aguardiente, poniéndose luego la barriga como un bocoy, y todo el cuerpo más alegre que unas castañas; pero Theodoros era muy bárbaro y nada más se fijó que en el buen palmito de aquella mujer. Probablemente aparecería en la gaceta de Abisinia un decreto mandando el rey á su corazón ena-

morarse de la reina de Inglaterra, y segun él decia, se enamoró; llegando su atrevimiento hasta á pedirle en matrimonio!

¡Sería bruto!

No hay para qué decir el resultado de tan estúpida pretension.

Pero enfadado Theodoros con la negativa, se le antojó tomar venganza y metió en la cárcel á todos los misioneros ingleses que andaban por su remo, al cónsul inglés, y tengo una idea de que tambien á todos los sastres, porque siempre tienen algo de ingleses.

¡Sería bruto!

Parecía dispuesto á comerse á sus prisioneros, bajo la forma de *beefsteak*, cuando Inglaterra aprestó sus naves y desembarcó en Abisinia legiones de soldados, dispuestos á hacerle comprender al dichoso mocito que en los pueblos cultos se obra de otra manera cuando una mujer no lo quiere á uno; pues todo lo más que este hace es buscar otra, por aquello de que, la mancha de una mora.... etcétera. —Me he detenido en relatar todos estos antecedentes, con objeto de dejar bien sentado lo bruto que era el tal hombre.

Empezó la guerra, y Theodoros defendió su territorio de los invasores. ¡Sería bruto! Pero como no podia ménos de suceder, fué arrollado en todas partes, y los ingleses se presentaron en las puertas de la capital de Abisinia, ni más ni ménos que como los prusianos se han presentado ahora en los muros de París.

Claro está; si el tal Theodoros era lo más bruto!....

El rey quiso defender la poblacion—¡sería bruto!—y se batió en las calles como un tigre y luchó desesperadamente, pero sin fruto. ¡Sería animal!

Los ingleses se apoderaron de todo, y cuando vió Theodoros que iba á caer prisionero de sus enemigos, ¿qué hace? coje y se pega un tiro.

¡Sería bruto!

Pues señor, y vá de cuento: andando los tiempos, se armó un zipizape del demonio entre dos naciones poderosísimas. Pero naciones, no á la pata llana como la de Theodoros, sino con todos los perfiles de la civilizacion y del buen tono.

Mucho cañon de grueso calibre, mucho fusil perfeccionado, mucho *polison* en las mujeres, mucha ametralladora de moderna invencion, mucho *can-can* por todo lo alto, mucho rumbo.... en fin, de pueblos montados á la moda.

Se dá una batalla de esas que llaman á Dios de tú, y uno de los dos ejércitos tiene que capitular, quedando prisionero del otro.

El monarca vencido ¿qué hace entonces? monta en una carretela descubierta y se presenta á su enemigo, diciéndole:

—Aquí me tienes: tú eres el cuchillo, yo soy la carne; corta por donde quieras.

Cada vez me voy convenciendo más de lo bruto que era aquel famoso Theodoros!

El monarca vencido es encerrado en un calabozo que tiene magníficos jardines, parques famosos, fuentes, rios, estatuas ecuestres, pedestres, y creo que *manestres*, mullida cama, mesa opípara y tabaco de Vuelta-Abajo.

¡Qué bruto era el bueno de Theodoros!

La nacion que aquel no supo defender lo rechaza, y cuando trata de elegir una asamblea que delibere sobre lo que se ha de hacer, protesta desde su encierro y lo echa todo á barato.

Lo dicho, no ha existido hombre más bruto que Theodoros!

París está cercado. Los jefes de la defensa juran perder la vida ántes que abrir las puertas al invasor.

Las puertas al fin se abren, y los del juramento de aferran á las carteras ministeriales y se las disputan, y emprenden el pugilato para entrar en la asamblea como representantes de la nacion.

Y entre tanto, aquel bruto de Theodoros está pudriendo tierra hace dos años y dando que reír á los gusanos que se lo hayan comido.

¡Qué bruto, señor, qué bruto!

Está visto, no puede uno ni acordarse de que existen pueblos tan bárbaros como el de Theodoros!

El digno general Valmaseda se ha trasladado á las Cinco-Villas, donde pasará el Carnaval.

Muchos insurrectos empiezan á considerarse embromados y dicen que se acerca ya el galop final, que empezará á la primera señal del vencedor de Bayamo.

JUAN PALOMO, al dar su despedida á tan ilustrada autoridad, le desea un feliz viaje y que agarre la paz por los cabellos, con esa mano fuerte que Dios le ha dado para contener á los revoltosos y hacerles morder el polvo.

La única broma de carnaval que me ocurre es decir á los laborantes que ha muerto *La Revolucion*.

La broma es pesada para ellos, lo sé; pero qué le hemos de hacer. Si la quieren más ligera, que le echen un galgo, ó que la emplumen.

- Adios, JUAN PALOMO.
- Adios, mascarita.
- ¿Me conoces?
- Por ahora no acierto....
- ¿Me convidas á cenar?
- Ah! ya sé quién eres.
- ¿Quién?
- Una mujer que tiene hambre.

—Calla, *guason!* ¿Pero cómo me llamo?
—Yo no sé cómo te llamas tú; lo que puedo decirte es que yo me llamo andana.
—He venido por verte.
—Pues yo te veo *de venir.*

JUAN PALOMO.

MORALES LEMUS Y ENRIQUE PIÑEYRO.

I.

Algo diera yo aquí donde ustedes me ven, por tener al alcance de mi voz al C. Enrique Piñeyro. Si esto, aunque sólo por un instante, cupiese en lo posible, no se crea que le endilgaría un discurso, ni que le llamaría... por su nombre; nó, señor, nada de eso. Si á sus orejas llegar pudiese mi voz, me contentaría pura y simplemente con dirigirle esta pregunta:

—Dígame usted—ó dime tú, que no todos somos iguales—ciudadano Piñeyro; ¿qué objeto se ha propuesto usted?—ó te has propuesto tú—al escribir el soñoliento, soporífero y narcótico opúsculo que titular te plugo *Morales Lémus y la revolución—léase bandolerismo—de Cuba?* Y no crea usted—ó no creas tú—que esta pregunta lleva malicia: la hago porque si el objeto de usted—ó tuyo—fué escribir la biografía de Morales Lémus, con las primeras siete páginas ya podía usted—decididamente voy á tratarle de usted—dar por terminada su tarea, y aun sobra la mitad. Si el intento de usted se reducía á querer inmortalizar á aquel pobre hombre, haciendo, con esa elocuencia que usted á puño cerrado cree poseer,—y yo tengo la desgracia de no hallar en ninguna de las producciones de usted,—la apología de sus gloriosos hechos, que así son ellos gloriosos como yo santo, júrole á usted, ciudadano Piñeyro, que se ha lucido usted; pues de todas las soñolientas páginas—permítame usted que repita el adjetivo, aunque no sea más que por aquello de que no daña lo que abunda—de su soporífero opúsculo, lo único de sustancia que se desprende es un diluvio de calabazas como galardón de los testarudos esfuerzos de esa pobre víctima de usted, y ya usted debe saber si las calabazas son sustanciosas. Creo, pues, que no fué otra su intención que la de hacer un flaco servicio al estrellado Morales Lémus, sacando sus trapillos á relucir, sin respetar el sagrado de la tumba, igualándolo en esto á aquel burro de la fábula—usted dispense la comparación—que después de haber pasado su arrastrada existencia bajo una verdadera granizada de palos, para que su negra suerte se prolongase más allá del... sepulcro, *vió* que compraba su aporreada piel un fabricante de panderos.

La verdad es que no pensaba extenderme tanto en mi conversación con el ciudadano Piñeyro, y probablemente hubiera sido más lacónico á poco que tuviese que esforzar la voz, porque no me dió el cielo un fuelle por pulmon.

Esto, pues, sobre poco más ó ménos, hubiera dicho yo al ciudadano Piñeyro, y él me contestaría esto, ó lo otro, ó lo de más allá; pero como estamos bastante separados, moral y materialmente, y por otra parte, ni él ni yo tenemos el *pico* suficiente para embargar siquiera por una hora el cable submarino, precisado me veo á renunciar generosamente al placer de *convulsar* un ratito con el autor de "*Morales Lémus,*" y *aínda mais,* á apechugar con la tostada del exámen del consabido opúsculo.

No es costumbre mía el ensañarme con los muertos; eso se queda para los correligionarios *manigueros* del ciudadano Enrique Piñeyro; pero hállome ahora de manos á boca con un cadáver que yo no exhumé por cierto, y debo admitir el hecho: la responsabilidad no es mía, ni á mal debe tenerse-me el que yo trate con dureza al difunto embajador en Washington de la mitológica *Cubita Liebre.* Además, desde ahora lo afirmo, por mucho que yo quiera ensañarme con él, nunca llegaré á hacerlo tanto como el ciudadano Piñeyro, y eso que se dice su amigo y admirador.

Mi posición actual, esto es, pesando sobre mis costillas la *embajada* de escribir el juicio crítico de un folleto tan insulso como el del ciudadano Enrique Piñeyro, sólo puede compararse con la del infeliz á quien se le hubiese dado un adoquín de Boston con especial encargo de extraerle el zumo. ¡Figúrense ustedes si sudaría! Pues deduzcan ustedes la consecuencia, y comprenderán mi situación. ¡Ni la de las clases pasivas! Pero de cobardes nada se ha escrito, y el que no se arriesga no pasa la mar, y

no se pescan truchas á bragas enjutas, y por lo tanto, pecho al agua, que ancha es Castilla.

Para que se vea que soy hombre de orden, voy á empezar por el principio: nada ménos que por la portada del... ¿libro? Allí, para echársela de profundo conocedor de las lenguas muertas, escribió el ciudadano Piñeyro el siguiente lema: "*sine ira...*" lema lleno de masedumbre evangélica, y con el cual está en perpétua contradicción toda la obra, que si algo respira, es odio mortal contra todo lo que es español. Empieza, pues, mintiendo ya en la portada el ciudadano Piñeyro: consideren los lectores piadosos que tal se despachará en el resto del opúsculo.

Dícenos el ciudadano Piñeyro en el capítulo segundo, que Morales Lémus nació en una playa casi desolada del extremo oriental de la isla de Cuba, en el embarcadero de Gibara, y que fueron sus progenitores gentes pobres y naturales de Canarias, es decir, españoles: que un canario también, esto es, un español, fué su padrino y el que le sirvió de padre, educándolo y sufragando los gastos que ocasionaban sus estudios; y por último, que otro canario—otro español—á quien Morales Lémus servía como de mayordomo, no teniendo familia, le nombró heredero universal de sus bienes, cuyo valor ascendía á la respetable suma de *cien mil pesos.* Todo lo cual equivale, en mi pobre opinión, á decir que Morales Lémus debía á españoles no sólo la vida, sino también su educación y su fortuna; y después de sentar estas innegables verdades, asegurar, como lo hace el ciudadano Piñeyro, que Morales Lémus vivió y murió renegando de los españoles, conspirando contra ellos y procurando hacerles todo el daño posible, ó yo no entiendo una palabra de estas cosas, ó es lo mismo que lanzar sobre él la más tremenda acusación de ingratitud que puede lanzarse al rostro de hombre alguno: es ponerlo al nivel de esos inmundos reptiles que muerden al que comete la insigne torpeza de abrigoarlos en su seno: es, por decirlo de una vez, demostrar á las claras la no muy santa intención de atraer sobre su memoria la execración de todos los hombres honrados.

Y esta intención *non sancta*, que sería disculpable en un encarnizado enemigo, no tiene excusa en quien blasona de amigo del mismo á quien zahiere; bien que la enemistad del ciudadano Enrique Piñeyro con el ex-ciudadano Morales Lémus, ó cuando ménos su mala voluntad hácia él, es del todo incuestionable, es evidente para el que haya podido leer sin dormirse el folleto que me ocupa, como tendré ocasión de probarlo en el curso de mi trabajo.

JUAN DANDOLO.

BOCETOS A LA PLUMA.

El General Cialdini.

Merece un puesto en la Galería de JUAN PALOMO este hombre valiente y pundonoroso, á quien tanta parte cupo en la exaltación al trono del rey Amadeo, y que á su lado juega hoy un papel importantísimo.

Todo el mundo sabe que el general Cialdini es una de las figuras más importantes de la Italia moderna; todo el mundo sabe que á sus esfuerzos se debe que la casa de Saboya se haya desprendido de uno de sus vástagos para que funde una nueva dinastía en España, pero lo que ignora casi todo el mundo en Cuba es su vida y milagros, y esto es lo que voy á tener el honor de contar.

Nació en Módena el día 8 de Agosto de 1811. Su padre era ingeniero, bastante liberal, y sufrió por este motivo muchas persecuciones.

El jóven Cialdini estudiaba la medicina en Parma cuando estalló el movimiento revolucionario en 1831. Abandonó la cátedra por el campo de batalla, el escalpelo por el fusil, y se alistó como voluntario; pero fracasó la cosa y fué desterrado. Se embarcó en Ancona, desembarcó en Marsella, se dirigió á París y allí continuó sus estudios, sin más recursos que un franco y cincuenta céntimos que cada día le daba, como emigrado, el gobierno francés. Pasó el tiempo asistiendo á las clínicas de Dupuytren, Disfranc y Rostan, y para aumentar sus ingresos, tradujo al italiano las obras de Voltaire y los tratados de cirugía de Velpéu.

Su estoicismo para soportar la miseria fué la admiración de sus compañeros.

El año 32 tuvo que luchar brazo á brazo con el cólera, logrando derrotarlo.

Restablecido de su enfermedad, pasó á Portugal en clase de voluntario para combatir á D. Miguel, y después se fué á España á luchar contra los partidarios de D. Carlos.

Su valor y su pericia no tardaron en alcanzarle el grado de teniente coronel, desempeñando al mismo tiempo las funciones de ayudante del general Durando, su compatriota.

En Morella salvó, con peligro de su vida, la de su hermano mayor, que combatía á su lado.

Restablecida la paz, después del célebre abrazo, ingresó en la Guardia civil, y fijó su residencia en Valencia, donde una valenciana, que hoy es su esposa, le cautivó para siempre con su cariño.

Pero apenas comenzó la revolución del 48, voló á su país, tomó parte en la lucha, fué gravemente herido en Vicenza y cayó en poder de los austriacos.

Al verse libre, combatió brillantemente contra Radetzky, y se cubrió de gloria en Novara, en donde, formando parte de la vanguardia, y gravemente herido, no abandonó su mando hasta que recibió una segunda y horrible herida en el bajo vientre.

Su reputación se aumentó en Crimea, donde mandó una brigada del cuerpo expedicionario.

A su vuelta obtuvo el grado de mariscal de campo, y fué nombrado ayudante del rey, nombramiento que causó gran asombro, porque hasta entonces no habían desempeñado estas funciones más que individuos de la nobleza italiana.

Desde entonces, su influencia en la política de Italia es harto conocida.

Promovido al grado de general de ejército, su popularidad es inmensa; puede decirse que es el ídolo del soldado. Es verdaderamente militar, y tan capaz de ganar una batalla ajustándose á los preceptos de la táctica, como de dirigir un golpe de mano atrevido y dudoso. Su principal deseo en los combates es librar del peligro á los soldados: los trata como si fueran hijos suyos.

Brusco en apariencia, guarda en el fondo de su alma la más simpática bondad.

El general Cialdini es de estatura regular, más bien bajo que alto.

Sereno en los momentos de peligro, es ordinariamente vivo de génio.

Su rostro es franco, abierto, expansivo: su mirada inteligente y brillante.

Sus bigotes son los únicos que dan envidia en toda Italia á Víctor Manuel.

Hará cosa de dos años fué nombrado por el rey presidente de su Consejo de ministros; pero tuvo que retirarse sin conseguir formar gabinete.

Es amante de la unidad de Italia; pero no se ha declarado todavía francamente partidario de la revolución.

Por lo demás, es uno de los personajes más importantes del ejército y de la política de nuestra época.

Es senador, gran cruz de San Mauricio y San Lázaro, gran oficial de la Legión de honor, y tiene una veintena de condecoraciones más. Esto no habla en su elogio, pues sabido es que las tienen otros que valen bien poco.

Las mejores de todas son su valor, su honradez, su caballerosidad.

Aun hace pocos años que estuvo en Valencia, pasó por Madrid y se llevó á su país la nueva de que España reconocía el reino de Italia.

En los primeros días del período constituyente llegó á Madrid, y desde el mismo instante brotó la candidatura del duque de Aosta para el trono español.

Conferenció con los principales hombres de la situación, y emprendió con grande acierto las negociaciones, que fracasaron al fin por no tener sucesión el príncipe Humberto y ser, por lo tanto, Amadeo el inmediato heredero de la corona de Italia.

Una vez desaparecido este inconveniente, volvió á poner en juego su influencia, viendo realizada la idea que acariciaba.

El rey Víctor Manuel, que conoce todo lo que vale Cialdini, le ha confiado el honroso encargo de acompañar á su hijo, el nuevo monarca español, nombrándolo embajador de Italia cerca del Gobierno de Madrid.

Por esta circunstancia es hoy la figura que en la política europea llama más la atención de los españoles.

Es digno de consignar en este *boceto* el discurso pronunciado por el nuevo embajador en el momento de presentar sus credenciales á Amadeo I, y en cuyo discurso hay frases muy honrosas para España.

Dice así:

"Señor: S. M. el rey Víctor Manuel ha tenido á bien confiarme el alto encargo de representarle cerca de V. M. en esta fústa y extraordinaria ocasión. Vuestro augusto padre no podía concederme honra mayor ni hallar nada que para mí fuese más lisonjero.

"Italia se ha quedado sumida en la aflicción con la partida de V. M., porque Italia os ama, ¡oh, señor! Unicamente puede consolarla en parte el pensar en la inmensa gloria que os espera en esta ilustre y antigua tierra, considerando los infinitos bienes que á V. M. es dado derramar sobre una nación hermana.

"La política dinástica y el pacto de la familia son cosas que han muerto hoy día; mas viven aun y vivirán siempre los grandes intereses nacionales, los cuales pueden y deben aproximarse, estrecharse, confundirse en uno, cuando entre dos

pueblos, como España é Italia, existe mancomunidad de raza, analogía de idioma, de carácter, de costumbres, é igualdad de instituciones.

—Si en mi esfera de diplomático consigo allegar un grano de arena á la grande obra de la fraternidad mayor posible entre España é Italia, estimaré que he logrado un dia feliz en mi vida; estimaré que no he dejado de merecer la confianza del rey que me envia, ni la benevolencia del rey que me recibe.

Palabras son estas llenas de nobleza y de dignidad, impregnadas del espíritu liberal del siglo.

Uno de los biógrafos, humorísticos si los hay, ha trasmitido á la posteridad un dato que no me parece oportuno desperdiciar, toda vez que me sirve para terminar el retrato.

—Cialdini, dice, no se acuesta sin gorro de dormir.

¿Querria su biógrafo que se acostase con casco ó con tricorno?

G. B.

UN BAILE DE MÁSCARAS.

Aunque habia dado órden de que dijese que no estaba en casa para nadie, uno de mis amigos forzó la consigna.

Anunció mi criado á M. Antony R., y distinguí detrás de la librea de José, una punta de un redingot negro. Era probable que el que llevaba el redingot hubiera visto tambien por su parte un trozo de mi bata; imposible me era ya, pues, ocultarme. —Muy bien! que entre, dije en voz alta; y por lo baj añadí: el diablo te lleve.

Iba, pues, hacia él con ese aspecto medio desagradable de un autor interrumpido en uno de esos momentos en que me teme serlo, y cuando le vi tan pálido y descompuesto, las primeras palabras que le dirigí fueron las siguientes:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

—Oh! déjame respirar, dijo; voy á decirte: por otra parte, quizá sea un sueño, ó tal vez esté loco.

Arrojóse sobre un sillón y dejó caer la cabeza entre las manos. Le miré con asombro: sus cabellos estaban mojados por la lluvia; sus botas, sus rodillas y la parte baja de su pantalón cubiertos de lodo. Mé asomé á la ventana, y ví á la puerta á su criado y su cabriolé: nada comprendía.

El advirtió mi sorpresa.

—He estado en el cementerio del padre Lachaise, dijo.

—¿A las diez de la mañana?

—A las siete... ¡Maldito baile de máscaras!

Yo no adivinaba qué podía haber de comun entre un baile de máscaras y el cementerio del padre Lachaise; tomé, pues, mi partido, y volviendo la espalda á la chimenea, me puse á envolver un cigarro entre mis dedos con toda la flemá y la paciencia de un español. Cuando el cigarro llegó al último grado de perfección, lo alargué á Antony, quien sabia yo que era muy agradecido á esta clase de obsequio.

Me hizo un signo de agradecimiento con la cabeza, pero rechazó mi mano.

Me bajé para encender el cigarro por mi propia cuenta. Antony me detuvo.

—Alejandro, me dijo, escúchame, yo te lo suplico.

—Pero, hombre, hace un cuarto de hora que estás aquí, y nada me has dicho.

—¿Oh! es una aventura muy extraña.

Me volví á levantar, puse mi cigarro sobre la chimenea, y me crucé de brazos como un hombre resignado; comenzaba á creer, como él, que podía muy bien estar loco.

—¿Te acuerdas del baile de la ópera, donde te encontré me dijo después de un momento de silencio.

—El último, donde á lo más habia doscientas personas?

—El mismo. Me separé de tí con el objeto de irme al de Variadades, del que se me habia hablado como de una curiosidad en medio de nuestra curiosísima época. Tú quisistes disuadirme; pero una fatalidad me impelió hacia allá. ¿Oh! ¿por qué no has visto tú esta aventura, tú que te dedicas á retratar la costumbre?

—¿Por qué no estaban allí Hoffman ó Callot para pintar el cuadro, á la vez fantástico y burlesco, que se desarrolló á mis ojos? Acababa de dejar el salón de la ópera vacío y triste, y encontré otro lleno y alegre: corredores, púlcas, por terre, todo estaba ocupado. Di una vuelta por el salón: veintidós máscaras me llamaron por mi nombre y me dijeron el suyo. Eran notabilidades aristócratas ó financieras bajo invisibles disfraces de paletos, postilones, payasos ó verduleras. Todos eran jóvenes de nombre, de corazón y de mérito, y allí, olvidando la familia, las artes y la política, renovaban una *soirée* de la Regencia en medio de nuestra época grave y severa. Se me habia dicho, y sin embargo, no lo habia creído. Sabí algunos escalones, y apoyándome en una columna, medio oculto por ella, fijé los ojos en esa oleada de criaturas humanas que se movía debajo de mi vista. Aquellos dominós de todos colores, aquellos trajes abigarrados, aquellos grotescos disfraces formaban un espectáculo que á nada humano se parecia. Principió la música. ¡Oh! entonces... Aquellas extrañas criaturas se agitaron al son de la orquesta, cuya armonía llegaba hasta mi mezclada con los gritos, las risas y los silbidos: se enlazarón las unas á las otras por las manos, por los brazos, por el cuello; formóse un ancho círculo, comenzando por un movimiento de rotación: bailarines y bailarinas, al herir el suelo con los pies, hacían brotar con estrépito un polvo, cuyos átomos hacían visibles la palidez de la luz de las arañas: girando con creciente ligereza, tomaban posturas extravagantes, hacían gestos obscenos, lanzaban gritos llenos de libertinaje, y girando cada vez más con ligereza arrastrados como hombres embriagados, gritando como mujeres perdidas, con más delirio que alegría, con más rabia que placer, parecíanse á una cadena de condenados que cumple bajo el látigo de los demonios una penitencia infernal.

Pasaba esto delante de mis ojos, bajo mis pies; sentía en mi rostro el viento causado por sus movimientos. Cada conocido me lanzaba al pasar una palabra que me ruborizaba. Todo este ruido, todo este murmullo, toda esta confusión, toda esta música estaban en mi cabeza ni más ni ménos que en el salón. Pronto llegué á no saber ya si lo que tenia delante de mis ojos era sueño ó realidad: llegué á preguntarme si era yo el insensato y ellos los razonables, y sentí á extrañas tentaciones de lanzarme en medio de aquel panlemonium, como

Fáusto á través de la reunion de brujas, y conocia que entonces hubiera yo tambien dado gritos, hecho gestos, tomado posturas, y lanzado carcajadas como ellos. ¡Oh! de allí á la locura no hay más que un paso. Me quedé asustado y me lancé fuera del salón, perseguido hasta la puerta de la calle por gritos semejantes á los rugidos de amor que salen de la caverna de las bestias salvajes.

Me habia detenido un instante bajo el pórtico para recombrarme: no queria aventurarme á salir á la calle con tan grande confusión en el espíritu, porque tal vez no hubiera acertado con mi camino; tal vez me hubiera atropellado un carruaje que no habia visto venir.

En este momento se detuvo un carruaje á la puerta, y bajó, ó más bien, se precipitó de él una mujer que entró bajo el peristilo, volviendo la cabeza á derecha é izquierda como una persona extraviada: vestía un dominó negro; y tenia el rostro cubierto con una máscara de terciopelo. Presentóse en la puerta.

—¿Vuestro billete? dijo el interventor.

—¿Mi billete? re-pondió; no lo tengo.

—Tomad entonces uno en el despacho.

La mujer del dominó negro volvió al peristilo, registrando vivamente todos sus bolsillos.

—Ningun dinero! exclamó. ¡Ah! esta sortija... dadme un billete de entrada por esta sortija, añadió.

—Imposible, respondió la mujer que distribuía los billetes; no hacemos aquí esos negocios. Y rechazó el brillante, que cayó al suelo y vino rodando hacia donde yo estaba.

El dominó habia quedado inmóvil, olvidando el anillo y abismado en un pensamiento.

Yo recogí el anillo y se lo presenté, y ví entonces, á través del antifaz, que sus ojos se fijaban en los míos. Miróme un instante con cierta vacilación, y luego, pasando de repente su brazo por debajo del mio:

—Es preciso que me introduzcáis, me dijo; por piedad! Es preciso.

—Pero, señora, si ya salía, le contesté.

—Dadme entonces seis francos por esta sortija, y me haréis prestado un servicio por el cual os colmaré de bendiciones toda mi vida.

Volví á colocarle el anillo en el dedo: fui al despacho, tomé dos billetes, y en seguida entramos juntos.

Apénas llegamos á la galería, sentí que mi compañera temblaba.

Entonces ella formó con la otra mano una especie de anillo en derredor de mi brazo.

—¿Os poneis mala? le pregunté.

—No, no, me contestó; esto no es nada; un vahido nada más; esto es todo.

Y me arrastró al salón.

Entramos, pues, en aquel alegre Charenton.

Tres vueltas dimos por el salón, hendiendo con gran trabajo aquellas olas de máscaras que se precipitan las unas sobre las otras, estremeciéndose ella á cada palabra mala ó buena que oía; ruborizándome yo de que me viesen dando el brazo á una mujer que tenia bastante osadía para oír semejantes palabras: después nos fuimos á una extremidad del salón. Dejóse mi pareja caer sobre un banco, y yo permanecí en pié delante de ella, con la mano apoyada sobre el respaldo de su asiento.

—¿Oh! esto debe pareceros bien extravagante, me dijo; pero no más que á mí; os lo juro. Yo no tenia idea alguna de esto (y miraba el baile), porque ni aun en mis ensueños habia podido ver semejantes cosas. Pero se me ha escrito que el estaria aquí con una mujer: ¿y qué clase de mujer será la que se atreva á venir á semejante lugar?

Yo hice un gesto de asombro, que ella comprendió.

—¿Queréis decir que tambien yo estoy aquí, no es verdad? Pero yo es distinto; yo, porque lo busco, porque soy su mujer; mientras que la locura y la disolución son las que aquí lanzan á estas otras personas. ¡Oh! á mí, á mí, son los celos infernales!

Hubiera ido á buscarle á donde quiera, á un cementerio de noche, á la plaza de la Greve en un dia de ejecución; y sin embargo, os lo juro, de soltera nunca salí á la calle sin mi madre; de casada no he dado un paso fuera de la puerta de mi casa sin que me siguiese un lacayo; y á pesar de todo, vedme aquí como todas estas mujeres que sabian ya el camino; vedme aquí del brazo de un hombre á quien no conozco, ruborizándome bajo mi careta al considerar la opinion que debe formar de mí. Conozco todo esto... ¿Habeis estado celoso alguna vez, caballero?

—Furiosamente.

—Entonces, perdonadme, lo sabeis todo. Conoceis esa voz que os grita como al oído de un insensato: ¡Ve! Habeis sentido ese brazo que os impele á la vergüenza y al crimen como el brazo de la fatalidad. Sabeis que en uno de estos momentos es uno capaz de todo, con tal que se venga.

¡Ya á responderle!, pero ella se levantó de repente con los ojos fijos sobre los dos dominós que en este momento pasaban por delante de nosotros.

—Callad, dijo, y me arrastró detrás de los dos dominós.

E-aba, pues, metido en medio de una intriga, de la cual nada comprendía. Obedecí, pues, como un niño. Nos pusimos á seguir á las dos máscaras, de las cuales, una era evidentemente un hombre y la otra una mujer. Hablaban á media voz, y los sonidos apénas llegaban á nuestros oídos.

—Es él, murmuraba mi pareja; es su voz, sí, sí, es su estatura!

Rióse el más alto de los dominós, y dijo mi compañera:

—Es su risa: es él, caballero, es él! la carta decia la verdad. ¡Oh, Dios mio, Dios mio!

Mientras tanto, las máscaras avanzaban, y nosotros siempre ¡guíen! Salieron del salón, y nosotros tambien salimos en pos de ellas; tomaron la escalera de los palcos, y nosotros la subimos en su seguimiento; no se detuvieron hasta los últimos: nosotros parecíamos sus dos sombras. Abrióse un pequeño palco enrejado, y entraron: detrás de ellos se cerró la puerta.

La agitación de la pobre criatura que llevaba asida de mi brazo, me asustaba; no podia ver su rostro; pero oprimida contra mí como estaba, sentí latir su corazón, temblar su cuerpo, estremecerse sus miembros. Habia algo de extraño en la manera con que llegaban á mí los inauditos sufrimientos, cuyo espectáculo tenia delante de mis ojos, cuya victima me era enteramente desconocida, y cuya causa completamente igno-

aba. Y si embargo, por nada en el mundo hubiera abandonado á aquella mujer en semejante momento.

Cuando ella vió que las dos máscaras habian entrado en el palco y que el palco se habia cerrado detrás de ellas, habia permanecido un momento inmóvil y como herida de un rayo; después se habia lanzado contra la puerta para escuchar. Colocada como estaba, el menor movimiento denunciaba su presencia, y la perdía; yo entonces la cogí violentamente de un brazo, abrí el palco contiguo, empujando el resorte, y la arrastré á él conmigo, bajé la reja y cerré la puerta.

—Si queréis escuchar, escuchad al ménos desde aquí.

Dejóse caer de rodillas, aplicando el oído al tabique, mientras yo permanecía en pié al otro lado, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada y pensativa.

Todo lo que habia podido ver de esta mujer me habia parecido un tipo de belleza. La parte interior de su rostro, que no ocultaba su careta era jóven, tersa, aterciopelada, redondeada, sus labios eran rojos y finos: sus dientes, que hacían aparecer más blancos aun el terciopelo que bajaba hasta ellos, eran pequeños, separados y brillantes; su mano era un molde, su talie podia cogerse entre los dedos; sus cabellos negros, finos y sedosos, se escapaban en profusion de la capucha de su dominó, y el pié de niño, que dejaba ver su traje, parecia que apénas podria sostener aquel cuerpo, á pesar de ser tan ligero, tan gracioso, tan aéreo. ¡Oh! Aquel que la hubiera tenido en sus brazos, que hubiera visto todas las facultades de aquella alma empleada en amarle, que hubiera sentido sobre su corazón esas palpitaciones, esos estremecimientos, esos espasmos neurálgicos, y que hubiera podido decir: Todo esto, todo esto es amor, y amor para mí, por mí solo entre todos los hombres, por mí, ángel predestinado... ¡Oh! ¡este hombre... este hombre...

Hé aquí cuales eran mis pensamientos, cuando de repente ví á aquella mujer incorporarse, volverse hacia mí, y decirme con voz entrecortada y furiosa.

—Soy bella, caballero, os lo juro: soy jóven, tengo diez y nueve años. Hasta este momento he sido pura como el ángel de la creacion... Pues bien... añadió arrojando sus dos brazos á mi cuello... Pues bien... soy vuestra... estoy á vuestra disposicion...

En el mismo instante sentí sus labios oprimir los míos, y la impresion de una mordedura, más bien que la de un beso, corrió por todo su cuerpo calenturiento y perdido: una nube de fuego pasó por delante de mis ojos.

Diez minutos después la tenia entre mis brazos, trastornada, medio muerta y sollozando.

Volvió en sí lentamente, y distinguí al través de su careta sus ojos huraños, ví la parte inferior de su rostro pálido; oí chocar sus dientes unos contra otros como en el calorío de la fiebre. Aun hoy veo todo esto.

Recordó lo que acababa de pasar y cayó á mis pies.

—Si teneis alguna compasion, me dijo sollozando; si teneis alguna piedad, separad la vista de mí, no pretendais nunca conocerme, dejadme marchar y olvidadlo todo: yo me acordaré por los dos.

Dijo, y se levantó rápida como el pensamiento que se nos escapa; se lanzó hacia la puerta, la abrió, y volviéndose aun otra vez hacia mí:

—No me sigais, caballero, dijo; en nombre del cielo, no me sigais.

Empujada la puerta violentamente, se cerró entre ella y yo, robándola á mi vista como una aparición. No la he vuelto á ver.

¡No la he vuelto á ver! Y después en los diez meses que han trascurrido, la he buscado por todas partes, en los bailes, en los espectáculos, en los paseos. Siempre que veía á lo lejos una mujer de talla fina y flexible, pié de niño y cabellos negros, la seguia, me aproximaba á ella, la miraba de frente con la esperanza de que su rubor la hiciese traicion. Pero nada... En ningun sitio la he vuelto á encontrar, en ninguna parte la he vuelto á ver, más que en mis noches y en mis sueños. ¡Oh! allí, allí la veia volver, allí sentia sus abrazos, sus mordeduras, sus caricias tan ardientes, que tenian algo de infernal! Después veia caer la careta y aparecer el semblante más extraño, ora confuso como cubierto de una nube, ora brillante como circundado de una aureola, ora pálido, con un cráneo blanco y desnudo, sin ojos en las órbitas vacías, con dientes vacilantes y raros. En fin, desde aquella noche no he vivido: abrasado por un amor insensato hacia una mujer á quien no conocia, esperando sien pre, y siempre burlado en mis esperanzas, celoso sin tener derecho á estarlo, sin saber de quién, sin atreverme á confesar semejante locura, y sin embargo, perseguido, mimado, consumido, devorado por ella.

Al concluir estas palabras, sacó una carta del pecho.

—Ahora que te lo he referido todo, me dijo, toma esa carta y léela.

Toméla, pues, y leí:

—Habeis tal vez olvidado á una pobre mujer que nada ha olvidado y que muere por no poder olvidar. Cuando recibais esta carta, ya no existirá. Id entonces al cementerio del padre Lachaise; decid al conserje que os permita ver entre las tumbas recientes la que tiene sobre su losa funeraria el sencillo nombre de María, y cuando esteis delante de ella, arrodillaos y orad.

—Pues bien! continuó Antony: he recibido esta carta ayer, y he estado en el cementerio esta mañana. Condujome el conserje á la tumba, y he permanecido allí dos horas de rodillas, orando y llorando. ¿Comprendes? Allí estaba ella... El alma ardiente habia volado; el cuerpo animado por ella se habia plegado hasta romperse bajo el peso de los celos y los remordimientos; ella estaba allí, bajo mis pies, y habia vivido y muerto desconocida para mí; desconocida! y ocupando en mi vida un lugar, y otro en la tumba; ¡desconocida! y encerrándose en el corazón un endriven fío é inanimado, como se encerraba en el sepulcro. ¡Oh! ¿Conoces cesa alguna semejante? Tienes noticia de algun acontecimiento tan extraño? Así que ahora, adios, esperanza; jamás volveré á verla. Abriré su fosa; pero ¡ay! no encontraré ya las facciones con que pueda recomponer su semblante; y sin embargo, la amo; sí, la amo siempre! ¿Comprendes, Alejandro? La amo como un insensato; y me mataria al instante para reunirme á ella, si no supiese que ha de ser para mí tan desconocida en la eternidad como lo ha sido en este mundo.

Dijo, y me arrancó la carta de las manos, la besó repetidas veces, y se puso á llorar como un niño. Le tomé en mis brazos, y no sabiendo qué responderle, lloré con él.

ALEJANDRO DUMAS.



Francia.—Este viejo no se ha contentado con vaciarme dos botellas de Rhin, y ahora empieza a beber Champaña. Si este baile dura mucho acabará con mis provisiones. Escondamos las botellas que quedan.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 9 DE FEBRERO.

Dichosa edad y dichoso siglo aquel á donde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡Oh, tú, sábio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser cronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras.

(CERVANTES, *Don Quijote*.)

Aquí me tienes, JUAN PALOMO, que no soy sábio ni encantador, al ménos que yo sepa, y sin embargo, me toca ser el cronista de las hazañas del más famoso caballero andante, y aun corriente que ha pisado la tierra y surcado los mares.

Ya habrá adivinado tu penetracion que me refiero al valeroso aventurero Ryan, ese renombrado cuanto nunca bien alabado, caballero que vá desfaciendo agravios, enderezando tuertos y libertando insulas por estos mundos.

El *Sun*, que es el enano de la venta, sonó el lúnes la trompeta en señal de la llegada de tan preclaro y perincito caballero.

Ryan ha dado la vuelta á las Antillas, y al decir esto, no quiero decir precisamente que las ha volteado, sino que ha navegado alrededor como gato que ronda una ratonera.

Donde el caballo de Attila ponía los piés, no volvia á crecer yerba: donde Ryan mete la pata, de fijo que crece una aventura.

Llegó á Aspinwall, y como á él le gusta meter ruido, hizo una salva, se asustó el pueblo, y por poco no apalean al intruso.

Ryan fué á Aspinwall para ponerse al frente de una expedición de 150 hombres; pero como del dinero, calidad y cantidad de los insurrectos sólo hay que contar con la mitad de la mitad, se encontró con 40 hombres entre cojos, mancos y baldados.

Pero como para Ryan no hay contratiempos que puedan hacerle desistir de su propósito, se echó la expedición á las espaldas, quiero decir, se puso al frente de la expedición y montó sobre el *Hornet*, que ha sido su Rocinante.

De Aspinwall fué á Cuba, pero cata ahí que al acercarse á la costa, una cañonera, es decir, uno de los 30 mosquitos *yankees*, envió al *Tábano* unas cuantas balas por vía de bienvenida.

Ryan no es muy aficionado á esa clase de confites, y como él cree que el valor se compone de una parte de prudencia y tres cuartas partes de vino, apeló á la primera parte y volvió grupas á Rocinante hacia otro punto de la costa donde no le hicieron tantos obséquios.

Fué á Punta Brava, y no viendo á nadie, ni amigos ni enemigos, pensó que aquella Punta era el mejor punto para la brava acción de desembarcar el cargamento.

Allí lo dejó sobre la playa, á la buena de Dios, y se largó sin esperar á que lo recogiesen.

Durante todo este tiempo, no le llegaba á Ryan la camisa al cuerpo; esto si lleva camisa, que no lo creo.

De un salto se plantó en Port-au-Prince, y allí se encontró de manos á boca con los cañones del *Isabel la Católica*.

La fuerza de esa lógica le convenció de tal modo, que abandonó el *Hornet*, á pesar de que él dice muy formal, que no hay buque en el mar que pueda darle caza, y se nos descolgó aquí con el vapor-correo, que aquel día trajo la mala y el malo.

Así es como ha cumplido Ryan su promesa de volver á Cuba.

Allí ha ido, es cierto, para arrojar de la Isla á los españoles, pero vió la costa,

"caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése y no hubo nada."

O well done! I commend your pains;
And every one shall share in the gains.
And now about the cauldron sing,
Like elves and fairies in a ring,
Echanting all that you part in.

(SHAKESPEARE.—*Macbeth*.)

("Bien hecho! Apruebo vuestros esfuerzos y todas participareis de la ganancia. Y ahora cantad al rededor del caldero, como duendes y hadas en corro, encantando cuanto arrojéis en él."
—*Hecate á las brujas del Macbeth*.)

Sentada está la asamblea surripantesca en una elegante mansion de la 5ª avenida.

Allí está la sacra familia del cuatrero, allí están las Moras, las Fernandez, las Castellanos, las Embil y la discreta, hermosa y elegante dama, admiracion de la generacion presente y pasmo de las futuras, doña Emilia, mi idolatrada Emilia, la esposa de Ciruelo, la bordadora de banderas, la Gran Arcabuz de la Surripantería.

¿Qué objeto las trae á cóncave?

Es dia de elecciones. Hay que elegir las que deben formar la mesa.

Cuatro piernas y una tabla, dirás tú.

Nó, señor, cuatro hembras y un macho; como si dijéramos, cuatro soldados y un cabo.

Una Presidenta, una Vice, una Secretaria, una Sub y un Tesorero.

¿Y hay que elegir entre las presentes?

¡Dios mio! vaya un aprieto!

Afortunadamente, son ellas mismas las que se eligen, y así no es extraño que tengan un gusto tan depravado.

Cárlos del Castillo, que es el gallo del gallinero, es el macho elegido para llevar la bolsa: las *mul... ieres* son la esposa de Embil, la madre de Quesada, la intrépida doña Emilia y la surripanta Fernandez.

Pide la palabra la Secretaria.

Esa mujer se descoca por hablar: por eso es tan descocada.

"Señoras: ha principiado la estacion de los bailes, de los conciertos y de las diversiones. Nosotras, por falta de fondos, nos estamos pudriendo (con perdon sea dicho) sin gozar de los placeres que brinda la sociedad. Se acerca Carnestolendas (*Una surripanta*: "¿Qué carnes son esas?") Pregúnteselo usted á su marido. Lo único que nos hace falta son *fondos*. Hasta los de la *Revolucion* se han acabado. Es preciso hacerlos. Es necesario dar conciertos, organizar bazares, proyectar ferias; es indispensable que bailemos, señoras, que bailemos; para esto, lo primero que hay que hacer es reunir fondos, y en eso ya sabeis que soy maestra. Si no hacemos esto, me aburro. (*Otra surripanta*: "¿Y qué nos importa á nosotras que sea burra?") Si no fuera por la *Liga*... Hablábamos de medios... (*Una voz*: "nó, señor, de medias.") ¡Miren que callo! (*Otra voz*: "no queremos ver callos: que vayan á un pedicuro!") Señoras, parece imposible que no haya un miembro que se levante á... (*Cárlos del Castillo, levantándose*: "Poco á poco, que aquí estoy yo y no permito que nadie me aice el gallo." *Tumulto: confusion: griteria: barahunda*.)

Restablecido el silencio con mucha dificultad, doña Emilia, que se ha puesto ronca, prosigue:

"Señoras: propongo que se nombre una comision para reunir fondos con el objeto de socorrer á las mujeres y niños que están en la insurreccion. (*Mil voces*: "Nó, nó, nó, señor: me opongo; protesto.") Oigan ustedes por Dios! Como en la insurreccion no quedan ya mujeres ni niños, y gracias si queda algun hombre... (*Anita Quesada*: "Mire usted, Emilia, que allí está mi marido.") Su marido de usted es un alcorro. Como no queda nadie, decia, en la insurreccion, los fondos que reunamos se repartirán entre las sócias de la *Liga*. (*Las mismas mil voces*: "Sí, sí, bien, bravo, viva doña Emilia!") Ahora, preparen el caldero, que hay que hacerle un guiso á Zenea."

Se dictaron varias resoluciones declarando á Zenea traidor á la pátria y condenándolo á cadena perpétua, digo mal, "á perpétua infamia y execracion general."

Estoy seguro que Zenea no duerme en cuanto lo sepa.

**

Her death was doubtful;
She should in ground unsanctified have lodg'd
Till the last trumpet; for charitable prayers,
Shards, flints, and pebbles should be throw on her...
We should profane the service of the dead,
To sing a requiem, and such rest to her
As to peace parted souls.

(SHAKESPEARE—*Hamlet*.)

(Su muerte fué dudosa: debía haberse enterrado en tierra no consagrada hasta el dia del juicio: en vez de piadosas oraciones, debiéramos arrojarle cascotes, piedras y guijarros.... Profanaríamos el servicio de difuntos cantándole un *requiem* y deseándole el descanso de los que mueren arrepentidos).

Ha fallecido *La Revolucion*.

Uno tras otro han sucumbido los órganos del laborantismo.

Nos hemos quedado sin música.

Una por una se han ido apagando sus lumbreras.

Se han quedado á oscuras.

Hoy la prensa laborante parece un cementerio.

La Estrella de Cuba.*La Voz del Pueblo*.*El Diario Cubano*.*El Demócrata*.*La Revolucion*.

Todos ellos han pasado por el camino sobre el que leyó Dante:

"Per me si va nella città dolente."

**

Erase un lombre á una nariz pegado.

QUEVEDO.

Este hombre era un marinero del vapor *Florida*; pero no debió gustarle á Quesada esa intimidación del hombre con su nariz, y se la cortó de un tajo.

El hombre ha reclamado al tribunal ese desacato, ó mejor dicho, ese desnarigato de Quesada.

Dice que se embarcó en el *Florida*; que en alta mar se arrió el pabellon americano y se izó en su lugar el trapo de Yara; que él lo consideró como un insulto á los Estados Unidos, y que protestó en alta voz, y que Quesada, furioso, le cortó la nariz de un sablazo.

Y decid que no es verdad
Que Quesada tiene empeño
En separar de su dueño
Todo objeto ó propiedad.
Y á tal exceso lo lleva,
Que ¡guay! del pobre infeliz
Que en su presencia se atreva
A poseer una nariz.

JOHN BULL.

BROMITAS.

Anda con Dios, saleroso;
chico, vás bien disfrazado,
con ese cetro de cuerno,
con ese raído manto,
(masculino de la *manta*
que te dan nuestros soldados)
con tan lujosa corona
de papel, con ese garbo
que vá diciendo á la gente:
—Tú no ves que soy un bárbaro!
con cabeza de chorlito,
con largas piernas de gamo
y en el pecho una castaña
en lugar del obligado
corazon, que todo el mundo
lleva metido en su almario.
Chico, estás desconocido:
tú, que jamás has pagado
tus *ingleses*, que eran muchos,
ahora estás pagando... *el patol*
Muy bien te sienta ese traje
que no es tuyo, es alquilado
y que te pusiste en Yara
aunque te estaba muy ancho.
Traje que se quita á tiros,
y no de mulas; estamos?
y que dejarás muy pronto,
con él la funda soltando,
vulgo pellejo, en que guardas
el zurrón de tus pecados
y eso que tú llamas sangre
y que es de potaje caldo.
Anda con Dios, saleroso;
anda... y que te mate el Tato.

Cárlos, tú á la fiesta vienes
con esa cara de *pánfilo*,
y el candelero en la diestra,
una corona buscando?
Hombre, por Dios; te equivocas;
Carlitos, tú estás *errado*.
A tu cabeza, no chica,
verdad es, que le falta algo;
pero escucha, en la cabeza,
de la corona debajo,
hay una tapa de hueso
que tiene por nombre, cráneo
y después de eso, una cosa
llamada seso: ¡Gaznápiro!
eso mismo es lo que falta
de tu cuerpo en lo más alto.
¡Huy! me tiene derretido
tu cara de... mamarrachol

Adios, tú eres laborante,
porque me hueles á sándio.
Tú eres español, de fijo;
me gustas por campechano.
Ya te conocí, compadre;
al verte un ojo cerrado
perpétuamente, me dije,
este es un tuerto: está claro!

JUAN DE LAS VIÑAS.

REVOLTILLO TEATRAL.

Tacon.—El Campanero de San Pablo.—La Alquería de Bretaña.—Un primo, primo.—El Tríptilo.—Albisu.—Macbeth.

Qué fácil encuentro hoy el camino!

Las empresas teatrales se han empeñado en hacer mi tra-bajo ligero, ofreciendo obras que el público está harto de conocer, y sobre las cuales ya nada queda por decir.

Pero, al hombre por la palabra, según dice el refrán, y como yo la he dado formal, de no cerrar el pico hasta que se cierren las puertas de los teatros, tengo hoy que hablar, contra viento y marea.

Cuando he visto representar en Tacon dramas de verdadero mérito, he aplaudido con entusiasmo, aunque fuesen los *Matusalenes* del repertorio; pero así que le distingo la oreja al género *esperpento*, me sublevo, grito y me quejo.

Al menos, déjesele á un aficionado á la buena literatura dramática, el derecho de pataleo.

El teatro tiene que seguir la corriente de las ideas y tiene que hacer algo en beneficio del buen gusto. Retroceder á un género ya proscrito, es relegar aquel, y eso es un delito de lesa arte.

Que hay una parte del público que todavía aplaude con frenesí los efectos de brocha gorda? Es verdad; pero también lo es que ese mismo público se rie ahora en algunas situaciones que ántes le espeluznaban. Muy reciente está el ejemplo, que no quiero citar por no hacer más dura esta filípica.

¿Qué se ha conseguido con la representación de *El Campanero de San Pablo*? Ni siquiera entretener agradablemente á los espectadores. Si la empresa hubiera obtenido buenos resultados, yo me daría por satisfecho, pues bien merece que vea recompensados sus afanes la que tantas noches incomparables ha proporcionado al público; pero ni eso. Este ya no acude, cuando se le llama con la voz decrepita del pasado.

Al acordarme de *El Campanero de San Pablo*, grito cuando se trata de la elección de la obra y aplaudo cuando se ha de juzgar la representación, porque á los actores de la compañía que dirige Arjona no hay más remedio que aplaudirlos.

Ahora figurémonos mucha gente entrando y saliendo en la escena; un duelo dentro de casa y delante de mujeres que ni se asustan, ni se mueven para impedirlo; señoras que se despeñan; un final de acto á garrotazos, que los espectadores de las galerías aplauden mucho, y llaman á la escena, supongo que á los comparsas que se dan de palos; una criatura que corre de mano en mano metida en una canasta; una joven incauta, que para que no lo sepa su padre, le cuenta al público que ha tenido uno de esos deslices del género *piramidal*, que dejan rastro, y un seductor jubilado que á todo dice: *Ah!! Oh!! Uh!!!* y tendremos pintiparado el drama *La Alquería de Bretaña*.

Aplaude, espectador cariñoso, aplaude y que salga el autor. Me alegro mucho que la Valverde y Enrique Arjona hayan tenido buen beneficio. La primera fué obsequiada con una corona y preciosos ramos de flores, pero tan inoportunamente arrojados á la escena, que la simpática é inteligente actriz ni se atrevió al pronto á recogerlos. Ocasiones sobraron de que esta demostración de aprecio hubiese hecho el efecto apetecido. De todos modos, la Valverde tiene muy merecido el obsequio que se le dispensó.

En un primo, primo, hay que celebrar lo fácil y chispeante de su versificación y el buen desempeño por parte de Mario, la Valverde y la Agüero. *El Tripilí* hizo reír mucho y bailar más á la Fernandez, Mario y Enrique Arjona.

Una creación de Shakspeare, arreglada para que Verdi la pusiera en música, es la única novedad que nos ha ofrecido la compañía de ópera.

Macbeth es una obra de prueba para el barítono, y aquel tercer acto cantado todo por este, es capaz de acabar con los pulmones más fuertes. Por eso se nota el cansancio en Mario, que no es de los que menos facultades poseen.

Es uno de los defectos de Verdi, que no tiene compasión alguna para los artistas, poniendo á prueba su garganta y sus pulmones.

Ahora, qué quíeres, espectador curioso? Tener motivos de aplauso? Pues fíjate en el final del segundo acto, que cantan con bravura y afinación.

¿Deseas encontrar defectos? Oye los coros de mujeres, ó mejor dicho, no los oirás aunque quieras: pon tus ojos en el aparato escénico y cáete muerto. Porque después de aquello, el diluvio.

Y aunque en la Vizconti no has de encontrar gran agilidad, ni menos esos recursos que crean la fama del artista, apláudele también, porque luce una voz fresca y agradable que domina perfectamente los *tutti* y concertantes de la obra, y se vé su buen deseo y afán de complacer.

Aplaude con justicia y sin rebozo al maestro Ankermann, que dirige con acierto y ha convertido en otra aquella orquesta, que tan malos ratos ha dado á tus oídos.

Y apláúdeme á mí, aunque sólo sea porque hoy acabo pronto.

JUAN PARTICULAR.

UN BAILE MARÍTIMO.

I.

¿Un baile, á quien no enajena?
Un baile!... dulce ilusión,
horas sin llanto ni pena,

goce que el alma envenena,
volcan en ebullicion:

Sueño de la mente loca,
ébrida de dicha y placer,
cuando al corazón provoca
la mano, el pecho, la boca
de una adorada mujer!

Pero más, aún más se alcanza
de esa ventura sin par,
de ese cielo de esperanza,
cuando se aspira en la danza
el aliento de la mar.

El baile es la gran pasión
de la mar... Justo y cabal!
¿Quién, si cruzó su extension,
no ha bailado un rigodon
al compás de un temporal?....

Por eso, los que altaneros
vieron con gloria los soles
del orbe, flor de guerreros
y plantel de caballeros,
¡los marinos españoles!

Ya avezados á esa danza
de los tumbos de la mar,
colma el baile su esperanza....
¡Tiempo hermoso de bonanza
en que suelen naufragar!

II.

“Apénas las mansas olas
“á las naves españolas
“hoy mecen.... ¡Hermoso dial
“¡Zad dó quier banderolas
“y alerta el *repostería*.

“La cubierta despejada;
“zafarrancho de combate,
“que al largar bien la *andanada*
“del vals, no haya *embarrancada*
“que inutilice el *petate*.

“Sois más lindas y hechiceras,
“niñas que vais á llegar,
“que las aves marineras
“cuando las patrias riveras
“vienen al barco á anunciar!”

Tal claman alborozados
(pues siempre la mente goza
en los bienes deseados)
los jóvenes denodados
de la invicta *Zaragoza*.

III.

Ya la nave empavesada,
como una lluvia de flores
llena la gentil bandada,
que su cubierta ferrada
trueca en un eden de amores.

Nunca la rosa en abril,
nunca la palma gentil
que en medio de la sabana
mece la brisa sutil
del albor de la mañana;

De la piña y de la cera,
nunca la flor más preciosa
en hermosura venciera
á aquella turba hechicera,
tan apuesta y tan donosa.

Allí con el puro anhelo
que siempre su pecho encierra
de enjugar amargo duelo,
como el ángel de la tierra
que está más cerca del cielo;

Allí está la ilustre dama
que á su paso el bien derrama:
Marquesa de San Rafael,
¿quién al verte no te aclama
la reina de ese vergel?....

Esbeltas como la palma,
la de Jimenez y Nina
Will,—al verlas se adivina
que hermosos son cuerpo y alma
en esta tierra divina.

Antoñita Mediavilla
y la Amenávar, parecen
la flor de la maravilla:
el sol en sus ojos brilla
y á las almas enloquecen.

Nené Muller, hechicera
como la Fischer,—tesoro
de gracias, gentil palmera.
La de Porto!... lluvia de oro
es su blonda cabellera.

Conchita Iznaga y Elvira
Andreu.... El poeta delira
si vuestra belleza advierte....
¡Prestais el alma á la lira
y dáis á las almas muerte!....

La de Wan der Warter, bella
como matutina estrella;
la de Baralt, flor galana;
la de Jerez, luz destella
de su faz camagüeyana.

La de O'Reilly, á la belleza
auna el don del talento,
humildad, saber, nobleza:
María Villar, portento
de hermosura y gentileza!

Bellas, á lo marinero
las de Sanvalle vestían:
Dolores Perez Piquero
y Elvira Torres, lucían
su rostro siempre hechicero.

Las Corrales, tres hermanas,
tres tiernas rosas lozanas
cual la Perez, la Lavin
y otras cien niñas galanas
con rostro de serafín,

Allí estaban;—allí al son
de la orquesta, en confusion,
gentil danza tropical
bailaba con efusion
la bandada angelical.

Y entre un tumbo y otro tumbo,
las *guiñadas á babor*,
las *guiñadas á estribor*,
siempre se perdía el *rumbo*
al contemplar tal primor.

Y de la mansion flotante
los bizarros moradores,
siempre, con mano galante,
bridaban al visitante
refrescos, dulces y flores.

IV.

En su carro de topacios
se fué el sol á otros palacios,
triste la tarde espiró;
y aunque *ellas* y *ellos* reácios,
el baile, al fin, terminó!....

Y JUAN PALOMO, en su duelo,
al perder aquel eden,
exclamó con desconsuelo:
“¡Quién tuviera en su sarten
tanto cachito de cielo!....”

JUAN LANAS.

SARTENAZOS.

Se preparan grandes comparsas para este carnaval.
Un laborante se dispone á salir vestido de mambí relleno.
Un cesante, de turrón de almendra. Dice que es como es-
tará más desconocido.

Algunas señoritas van de ponche á la romana; es decir, con
un Víctor Manuel metido en el corazón.

Y se cree que muchos irán con trajes que no conocerá na-
die si están pagados ó nó. Ni aun el mismo sastre.

* *

—Doña Petra, le ha visto usted hacer á Calvo *Los Amantes de Teruel*?

—Sí, señora; ¡ay, y quién me diera que fuese *calvo* mi marido!

—Está usted en su juicio, santa mujer!

—Nó: si lo digo porque mi marido me ensucia todas las almohadas con el pelo!

* *

Después de rendido París, la agitación crece en el pueblo,
según dicen los partes telegráficos, porque los alimentos que
entran no alcanzan para todos los que tienen hambre.

Pero ya ha dado un manifiesto sobre elecciones Napoleón.

¿Qué más quieren?

* *

—Diga usted, *El Campanero de San Pablo* es comedia?

—No está usted viendo que es un drama?

—Soy algo corto de vista y no distingo bien.

—Pues es drama.

—Dice usted que es *dracma*? Pues francamente, á mí me parece que es *quintal*. Por lo *pesado*, digo!

* *

—Amigo, yo no puedo vivir así; me voy á pegar un tiro.

—Hombre, no sea usted bruto. ¿Y la cuenta que tendrá usted que dar á Dios?

—¡Con que no se la puedo dar á la patrona, y se la iré á dar á Dios! ¡Hombre, tendría gracia!

* *

JUAN PALOMO ha tenido el gusto de dar un abrazo á su querido amigo D. Gabriel Roman y Cermeño, director del *Fanal* de Puerto Príncipe, que acaba de llegar á la Habana.

El Sr. Roman es muy querido entre todos los buenos españoles, porque saben que no se queda corto en zurrar á los mambises y en contarles las verdades del barquero.

* *

Para el que no quiera convencerse de que la casta de gorriones no puede acabarse en Cuba, ahí vá una muestra.

Desde que se fundó el *Casino Español* de la Habana, se han ido creando en toda la Isla hasta veinticuatro de estos y tres *Comités*: total veintisiete nidos de gorriones, donde hay cada pichon que hace temblar á toda la mambisería junta.

Y son nidos de esos que nadie los caza, porque el tronco es tan robusto que nadie puede abrazarlo.

Figúrese usted que las crias salen ya con *cañones*; ayúdele usted á sentir: quién puede con ellos!

JUAN PALOMO tiene una verdadera satisfacción en dar hoy una lista de esos centros de *gorrionería* (paso á la palabrita), en los que vé un fuerte sosten para el poder de España en Cuba.

Allá vá eso:

Casino Español de la Habana.	
„ „ de Matanzas.	
„ „ de Santiago de Cuba.	
„ „ de Puerto Príncipe.	
„ „ de Trinidad.	
„ „ de Cárdenas.	
„ „ de Cienfuegos.	
„ „ de Santa Clara.	
„ „ de Remedios.	
„ „ del Recreo.	
„ „ de Manzanillo.	
„ „ del Limonar.	
„ „ de Isla de Pinos.	
„ „ de Guanajay.	
„ „ de Gibara.	
„ „ de Colon.	
„ „ de Bemba.	
„ „ de Caibarien.	
„ „ de Bejucal.	
„ „ de Baracoa.	
„ „ de Alacranes.	
„ „ de Santiago de las Vegas.	
„ „ de Sancti-Spiritus.	
„ „ de Nuevitas.	
Total de Casinos.....	24.

Comité Español de la Habana.	
„ „ de Matanzas.	
„ „ de Cárdenas.	
Total de Comités.....	3.

—Mascarita, no habia necesidad de que vinieses al baile tan escotada.

—Si no se me vé nada!

—Pues por lo mismo que no se vé nada, no habia necesidad de tanto escote.

El juéves próximo tendrá lugar en el gran teatro una amena función á beneficio de la estudiosa y apreciable actriz doña Eloisa Agüero de Osorio y del no ménos simpático actor señor García.

Este beneficio será el último de la temporada, y el espectáculo se compondrá del drama *La huérfana de Bruselas*, la preciosa canción *La Paloma*, cantada por la señorita Agüero, y la pieza andaluza nueva, de nuestro amigo D. Antonio Enrique de Zafrá, titulada *Los celos é mi curriya*.

El programa no puede ser más variado, y como el público habanero nunca niega su protección á los artistas estudiosos, es de esperar que los beneficiados vean recompensados sus afanes.

Empieza por encargar localidades, público amable, que no te pesará.

RECETA PARA MATAR MOSCAS.

Aproximándose la época en que aquel *pájaro* no nos deja vivir, bueno es procurar su extinción.

Se compran de mil botes de cristal para arriba, y se echa en cada uno un poco de almíbar, dejándolo destapado y sobre una mesa. La mosca se introduce en el bote para comerse, la muy pícara, el dulce; pero el hombre tapa seguidamente el bote, quedando presa y sin otro alimento hasta el mes de Octubre, en que se destapa y saca la mosca, que casi siempre es cadáver.

El bote puede servir para el año siguiente.

La insurrección no ha podido alcanzar las palmas de la victoria, pero no se puede negar que vive á su sombra, y si los insurrectos no son llevados en palmas, con ellas cubren su desnudez, que vista de este modo, es una *desnudez gloriosa*.

Vaya usted al teatro Albisu cuando se cante *Poliuto* y verá usted lo que es bueno. Verá usted en el templo de Júpiter, mujeres con *bandós*, castañas y ricitos en la frente.

Y las verá usted también con miriñaque.

Que no me digan luego de los armenios! Nada absolutamente les faltaba para ser en un todo iguales á nosotros.

Estoy seguro de que en los teatros de Albisu de aquella época hasta habria un director de escena con honores de cabo de escuadra, que haria comprender á las coristas que no se debe vestir y peinar á capricho, sino con arreglo al papel que se representa.

Pues mire usted, haria muy bien.

Por su oportunidad en este día, porque es bellissimo en extremo y por ser obra de un fecundo escritor que acaba de bajar al sepulcro, JUAN PALOMO ha traducido para su número de hoy la preciosa historietta de Alejandro Dumas, titulada *Un baile de máscaras*.

Los amigos de la bella literatura nos lo agradecerán.

De un diario francés traduzco y tomo la siguiente historietta propia de la sartén de JUAN PALOMO: "Un franco tirador, fornido atleta, "con esfuerzo brioso y sobrehumano "el cuerpo merendóse de un hulano."

¡Quién tuviera esta fuerza en los reveses para tragarse á todos los *ingleses*!

En las diferentes obras que se han ejecutado esta temporada en Tacon hemos visto hacer á Arjona papeles de cojo, de manco, de mudo y de ciego; sólo falta que le veamos representar un hombre que no tenga olfato.

Pues ni aun eso le falta; porque no ha echado de ver que *apestan El Campanero de San Pablo, El Trapero de Madrid* y otros excesos.

En Bayamo se han celebrado con grandes fiestas los días de nuestra digna autoridad superior, Excmo. Sr. Conde de Valmaseda.

En una hoja impresa en español y firmada por *El Bayamés*, que JUAN PALOMO ha recibido, se reseñan detalladamente los festejos que han tenido lugar en medio del mayor entusiasmo y alegría.

—¿De qué va usted disfrazado, amigo?

—De nueve de copas.

—Pues nadie acertará....

—Es que las copas las llevo metidas en el cuerpo para más disimulo.

JUAN PALOMO tiene que dar de nuevo la enhorabuena á la bella señorita doña Tomasa Corrales, por la preciosa danza que acaba de escribir, titulada *Un recuerdo de Cárdenas*.

Y al mismo tiempo que la felicita, le dá las gracias por su atención al remitirle un ejemplar de la mencionada pieza musical.

Señores, lo confieso, me gustan á mí las niñas tan estudiosas como la señorita Corrales. No lo puedo remediar.

CANTARES.

Si lo que son ignoras
Amor y ausencia;
Cómo saber pretendes
Lo que son penas?

Cuando en el pecho de alguno
Tus negros ojos se fijan,
Es igual á si dijieran:
"El corazón ó la vida."

Dichoso aquel que en el mundo
Tuvo existencia tan breve
Que al nacer, lo recibió
Entre sus brazos la muerte.

Quién creyera, bien mio,
Las dulces noches
Que tu reja escuchaba
Nuestros amores,
Llegase el tiempo
De pasarlas reunidos,
Pero durmiendo.

R. DE MEDINA.

—Dice usted que su cuadro representa un *claro* de luz, decía un aficionado á un pintor.

—Sí por cierto.

—Pues yo veo el *claro*, pero no la luna, objetó el aficionado.

—Para ver á un pasante de escribano, ¿necesita usted ver al escribano? preguntó ingeniosamente el artista.

—Hombre, quisiera darle una broma muy pesada á mi tío.
—Pídele dos onzas prestadas y no se las devuelvas.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

11

LIBROS MODERNOS

RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

Graziella, por Alfonso de Lamartine. Basta el nombre del ilustre poeta, que al bajar á la tumba ha dejado en el mundo una fama imperecedera, para recomendar este tierno episodio de su juventud con la hija del pescador napolitano. Un tomo en 4º, con una preciosa lámina, se vende á **Rs. 4**

Cristóbal Colon, descubrimiento y conquista de América, por Alfonso de Lamartine. La poética pluma del autor de las biografías, ha dado á la de Colon tal interés y ternura, la ha pintado con tan brillantes y verídicos colores, que sólo leyendo este precioso libro se comprende la contrariada vida del náuta genovés.

Consta de un tomo en 4º, con el exacto retrato de Isabel la Católica, vendiéndose á..... **Rs. 4**

El diablo mundo, poema de D. José de Espronceda, continuación y últimos versos de aquel autor, por D. Miguel de los Santos Alvarez. No hay amante de las bellas letras que no conozca el inmortal poema de Espronceda. Sus postreros versos tienen, pues, un mérito inestimable, y nadie, como su mejor amigo, D. Miguel de los Santos Alvarez, podia darlos á conocer, acabando el interrumpido canto del poeta.

Un tomo en 4º, con un lujoso grabado..... **Rs. 4**

Polémicas, por D. Ramon de Campoamor. Conocidos son el talento y magnífico estilo del autor de *LAS DOLORAS*, para deducir si en esta controversia con el primer publicista de la democracia española, D. E. Castelar, en pró de las ideas moderadas, habrá aguzado todo el caudal de su brillante ingenio.

Consta la obra de un tomo en 8º francés, de 320 páginas, al precio de..... **Rs. 10**

La camisa del hombre feliz, por Eusebio Blasco.—Basta el nombre del popular y festivo escritor madrileño para recomendar su obra. Esta novela está llena de gracia y travesura, proporcionando á sus lectores un rato de continuo solaz.

Un tomo en 4º, con un elegante grabado, se vende al precio de..... **Rs. 4**

La Divina Comedia, por Dante Alighieri, traducida y aumentada en vista de sus más célebres comentadores, por D. Pedro Pinglo. Numerosas son las traducciones y ediciones que se han hecho en español del inmortal poeta italiano; pero con notas tan acertadas para comprender lo nebuloso del texto en muchos episodios del mismo, no creemos que ninguna iguale á la presente.

Adornan la obra magníficos grabados que representan los principales pasajes de sus hermosísimos cantos.

Un tomo en 8º, de 410 páginas, lujosamente encuadernado, se vende á..... **Rs. 17**

De 1820 á 1824, reseña histórica, por D. Agustin Argüelles, con una noticia biográfica del autor, por D. José de Olózaga, y un prólogo, por D. Angel Fernandez de los Rios. Inútil es encarecer el trabajo histórico narrando la revolucion liberal del año 23, en la Península, cuando en ella tomó su autor una parte tan activa, cuando ciñen la frente del divino Argüelles, como le llama la fama, los laureles del gran orador y gran político, y aquilatan su mérito las virtudes del buen ciudadano y la probidad y la consecuencia del elemento liberal.

Su biografía, escrita por el afamado juriconsulto y conocido hombre político D. José de Olózaga, por el distinguido literato D. Angel Fernandez de los Rios, dan mayor realce á lo mucho que en sí vale la obra.

Consta ésta de un tomo de 213 páginas en 4º, que se vende á..... **Rs. 12**

La libertad por la fé, tratado de filosofía cristiana, por el Illmo. Sr. D. Adolfo de Castro. Conocidas son las obras del Sr. Castro como buen literato y profundo pensador, siendo el objeto de la que se anuncia rebatir las doctrinas expuestas en *Las Constituyentes* por el célebre y elocuente orador D. Emilio Castelar, sobre la libertad y la fé.—Mucha ha sido la circulación que ha tenido esta obra en la Península, en la cual, bajo el punto de vista de las ideas de su autor, ataca con erudición y elocuencia las doctrinas del conocido diputado republicano.

Un tomo en 8º mayor, de 200 páginas y de elegante impresión, se vende á..... **Rs. 8**

Los que no siembran no cogen, novela original de costumbres, por D.ª Angela Grassi.—Basta el nombre de la inspirada poetisa y novelista premiada por la Academia de la lengua, para deducir el mérito de esta obra, que, como todo lo que sale de la pluma de su autora, lleva un sello de cristianos sentimientos é ideas consoladoras. La fábula de la presente novela es por demás interesante y amena, y hay en sus páginas ideas conmovedoras.

Un tomo en 8º, de 225 páginas, de esmerada y lujosa impresión, se vende al precio de..... **Rs. 6**

La Flaca, periódico satírico semanal de Barcelona, con excelentes caricaturas iluminadas al *chromo*. De esta magnífica y solicitada publicación sólo quedan dos colecciones completas, que comprenden desde el número 1º al 68, ó sea desde 26 de Marzo de 1869, en que empezó á publicarse, á 31 de Diciembre de 1870: se vende cada una al precio de **Rs. 136**

Suscripción por año..... **Rs. 64**
Suscripción por semestre..... **Rs. 34**
Número suelto..... **Rs. 2**

ADVERTENCIAS.

Todas estas obras se hallan encuadernadas á la rústica, cuando no se ext presa que están empastadas. Los precios son iguales para todos los puntos de la Isla, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remisión al interior. Los pedidos, que deben venir acompañados de su importe en sellos, billetes de banco ó letra sobre la Habana, se dirigirán bajo cubierta certificada á *La Propaganda Literaria*, calle de O'Reilly, 54.—HABANA

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria,"
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.